



AMEIS Asociación de Mujeres Escritoras e Ilustradoras

Un relato y

Las creadoras Carmen Santamaría y María Villa llegan a esta edición al comienzo de la nueva vida de la joven María en la capital, en el piso procura no romper. Y los poemas, un homenaje a los versos "Generación Penélope."

EN SILENCIO EL WHATSAPP

- Ya estamos llegando, María. Es la siguiente manzana.

La chica que la guía, arrastrando su maleta más pequeña, se ha dado cuenta de que está nerviosa. Hubiera querido disimular, dar un pretexto tonto para justificar los nervios. Pero no sería capaz de mentirle a una chica que está siendo tan amable.

- Ya verás qué bien vas a estar con doña Paula. Se va a enrollar muy bien contigo. Ya lo verás.

Con doña Paula tuvo una conversación por teléfono hace cuatro días. En pocas palabras, acordaron el precio de la habitación, con derecho a usar la cocina para hacerse el desayuno y la cena y prepararse la comida que se llevará al colegio, la forma de abono y la fecha límite de los pagos mensuales. La señora, además, añadió ciertas normas sobre horarios, espacios de uso común y temas de limpieza, que María asumió sin objeción ninguna.

- A veces parece un poco brusca pero es pura fachada. En el fondo es un trozo de pan. Ya verás qué bien estás con ella.

A la chica que la acompaña no la conoce mucho porque era del grupo de los mayores en la escuela. Se vino del pueblo hace cuatro años a buscar trabajo. Su madre cuenta que le va estupendamente en la ciudad, que tiene un contrato en una empresa de transportes y que vive en un piso compartido con dos compañeras de la oficina, en un barrio moderno, con un hermoso parque y comercios de todo género.

- ¿De qué la conoces? - le pregunta María, rompiendo su silencio con una voz cascada.

- Doña Paula es hermana de la dueña de mi piso. Cuando se enteró de que yo andaba buscándote habitación, ofreció una en su casa. Ella está sola y su pensión no da para mucho. Pero lo primordial es que está muy sola. Dice que le vendrá bien un poco de compañía.

Quizás por eso le habrá prohibido llegar a casa más tarde de la medianoche. Para no estar sola. En realidad, piensa María, estará en casa todas las tardes. Y los sábados y los domingos. Porque no tiene aquí a nadie con quien salir de paseo o a tomarse una cerveza.

- Si padeces alguna intolerancia con la comida o alguna manía, tú se lo dices a doña Paula. ¿No serás celíaca o algo así?

- No, no. No te preocupes. Ninguna intolerancia. Y manías... pues tampoco.

- Mejor. Es que ya sabes que las personas mayores, a veces, si les sacas de su rutina... se molestan un poco.

Doña Paula tiene 72 años y vive en la capital desde niña. Al barrio nuevo se trasladó hace poco más de una década. Su hermana y ella vendieron el enorme piso familiar, en una calle del centro, cuando su madre falleció de pura vejez. Con el dinero de la venta, las hermanas se compraron un piso para cada una en un barrio que estaba construyéndose en el sur de la ciudad. Doña Paula, que nunca había salido de la casa de sus padres porque no se había casado, se mudó al suyo con reticencias. Pero ahora está encantada, relata la chica.

- Yo fui a verla con mi casera para contarle lo tuyo. Bueno, también fui para ver el piso. Mi madre no me perdonaría que te metiese en un lugar incómodo. O desagradable.

La madre de la chica es amiga de la suya. Y, cuando supo que María había conseguido plaza en un colegio de la capital, se prestó de inmediato para buscarle alojamiento a través de su hija. Los vecinos tienen que ayudarse, decía la buena señora. Sobre todo cuando están lejos del pueblo.

- El piso está mono. Doña Paula lo pintó el año pasado. Estarás bien.

María tendrá que compartir el baño con la dueña pero, como se levantará pronto para estar en clase antes de que entren los alumnos, no se planteará el problema que la señora le advirtió que no toleraría. Cuando doña Paula se levante el cuarto de aseo ha de estar a su plena disposición.

- Tú, si tienes alguna queja, algo que no te guste, me lo dices y lo hablamos juntas. Tú no te cortes, que le vas a pagar un dinerito.

- No habrá ningún problema, no te preocupes.

- Aquí es, - indica la chica, señalando un portal por el que sale una mujer con tres niños, que chillan y se empujan entre sí.

A doña Paula no le gustan los ruidos. Se lo dejó muy claro cuando hablaron por teléfono. Pero eso tampoco es problema porque se ha traído los auriculares para oír música y ver



CARMEN SANTAMARÍA Periodista, dedicada a la comunicación local y cultural. Autora de novelas, relatos y libros infantiles. De reciente publicación "Doce siglos de historias de Madrid" (Ediciones la Librería) y "Último viernes de octubre" (Libros.com).

dos poemas

n de Carta Local con un relato y dos poemas; el relato refiere los minutos previos
o de una anciana acostumbrada a la soledad y al silencio que ella, la recién llegada,
ción de José Hierro, y el discurrir de sonidos y voces que resuenan en la espera de

películas en el portátil. Y ganas de cantar mientras se ducha no cree que tenga en mucho tiempo. Al menos no hasta que se acostumbre a convivir con una persona extraña.

En el ascensor, después de colocar las dos maletas en el fondo, la grande y la pequeña, María y la chica se encuentran frente a frente. La chica le sonríe y María hace un esfuerzo por corresponderle.

- Tienes mi número de teléfono. Llámame o ponme un whatsapp si necesitas algo. Mi casa está a dos manzanas. Además, podemos quedar algún día. Yo trabajo los sábados pero el domingo podemos salir a dar una vuelta por el centro. ¿Me llamarás?

- Sí, sí. Te llamaré. Descuida

Tengo que poner el móvil en silencio, advierte de pronto. Que no suene el whatsapp, que a doña Paula le molesta mucho el repiqueteo constante del teléfono. Bien claro se lo dejó cuando hablaron. Así que en cuanto salen del ascensor, antes de que la señora acuda a abrir la puerta, María saca el móvil del bolsillo y quita el sonido.

Para que no suene el whatsapp.

Carmen Santamaría

GENERACIÓN

Homenaje a José Hierro y a su poema

Generación en el Centenario de su nacimiento

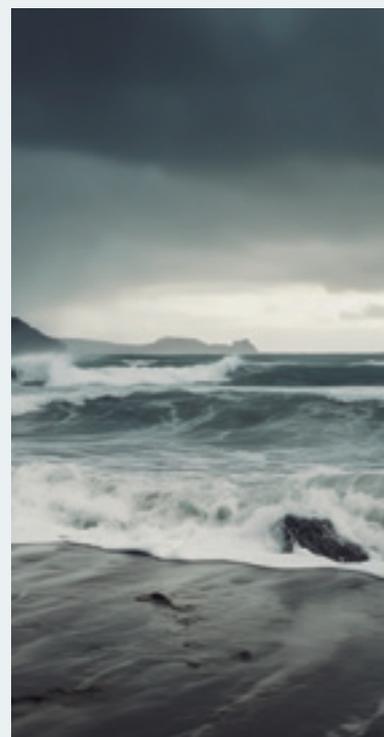
He visto a las mejores mentes de mi generación
tragarse el orgullo que olfatean las calles.
La queja encorvada en el miedo a las hormigas
que viajan todos los días entre gusanos de metal.
Su frustración como fantasmas que crece
entre las ramas de los árboles.
El furor por el bisturí del que nacen cuerpos de silicona.
He visto a las mejores mentes entumecer la tierra
Y perseguir la infancia.
He visto devorar el esternón de animales
Y atravesar la soledad callada madre del miedo invisible
danzar entre la herrumbre
Los he visto abandonar sus ataúdes
y rondar a las grullas que miran las estelas
de un ecosistema sediento de poetas
Los he visto dormirse entre las crines de caballos
copular fracasos
como quién vive desahuciado de la penicilina.
Los he visto en funerales destruyendo paredes vacías
sedientos de astros
sin un porvenir que los acoja
niños que alumbran ilusiones sin respuesta
Los he visto aplaudir de aburrimiento a los sanitarios
desde sus ventanas desmembrando cazuelas
sin una palabra que adormezca el horizonte.
Los he visto recolectar la devastación
con sus manos sumergidas
en el abismo de la avaricia.

*Poema incluido en la antología: "Relatos nada Clásicos"
Editorial Ménades.*

YO, PENÉLOPE

Escucho la voz de Telémaco
entre vuelo de gaviotas,
sobrevivo a este incendio
que sangra estéril
sobre la escarcha.
Escucho la mar sobre el vacío
de rueca que engendra alfileres,
a Ulises y el minotauro,
hidra que traga salitre.
Apenas queda madeja
con la que tejer heridas
entre los juncos.
La savia como músculo estéril
sobrevivir a doce criadas
entre esta simiente
que crece en la orilla.
Y la aguja tiembla
fugazmente en el telar,
y resuena entre veleros:
Yo, Penélope.

María Villa



MARÍA VILLA Nació en Jaén un 26 de julio del 76, madrileña de adopción, diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Complutense. Escribe poesía y relato breve.

